

Lo que sea de cada quien

Aquel rencor a Ricardo Rocha

Vicente Leñero

—Mira quién está ahí, papá: Ricardo Rocha.

Taqueábamos en familia en El Charco de las Ranas de Río Mixcoac, un domingo.

Con la mirada de un lado para otro traté de localizar a quien mi hija Eugenia había aludido, pero ella misma aclaró de inmediato:

—Se metió al baño.

Entre mis hijas, yo tenía fama de ser un odiador persistente del ganador del Premio Nacional de Periodismo 1984, convertido ahora en tenaz crítico de los gobiernos en turno como lo son sus colegas Miguel Ángel Granados Chapa, José Antonio Crespo, Virgilio Caballero... con quienes suele participar en un programa televisivo. Es ácido en sus juicios Ricardo Rocha, y como periodista de investigación ha realizado memorables trabajos de denuncia política y social.

No fue siempre así, por desgracia. En 1976, cuando era un jovencito de veintiséis años que hacía méritos en el noticiario 24 Horas de Jacobo Zabludovsky, su servilismo para con el gobierno de Luis Echeverría erizaba los pelos. La responsabilidad la tenía Zabludovsky, por supuesto, quien ya lejos de Televisa quiso lavarse la conciencia y figura hoy, públicamente, como un hombre probo, ejemplar.

Pero en aquel 1976, en los meses en que Echeverría golpeaba alevosamente el *Excélsior* de Julio Scherer, Zabludovsky se convirtió en pieza clave para destruir ese gran periódico. Mientras Regino Díaz Redondo tramaba su traición desde adentro, “don” Jacobo dirigía el brazo mediático de la conjura gubernamental.

Precisamente a Ricardo Rocha se le ordenó cubrir reporterilmente la insidiosa invasión de los terrenos de Paseo de Taxqueña, propiedad de la cooperativa *Excélsior*, por fingidos ejidatarios que el gobierno contrató.

En sus entrevistas lastimeras, Rocha daba voz a los quejosos ejidatarios dizque preocupados por la injusticia, para de esa manera hipócrita contribuir al descrédito de *Excélsior*.

Resultaba muy penoso asistir, así, al crecimiento de un reportero. ¡Y vaya si creció el audaz jovencito! En 1983 ya tenía su propio programa exclusivo, *Para gente grande*, en el que entrevistaba a notables de la vida pública mexicana: actores, intelectuales, beneméritos... gente grande, pues.

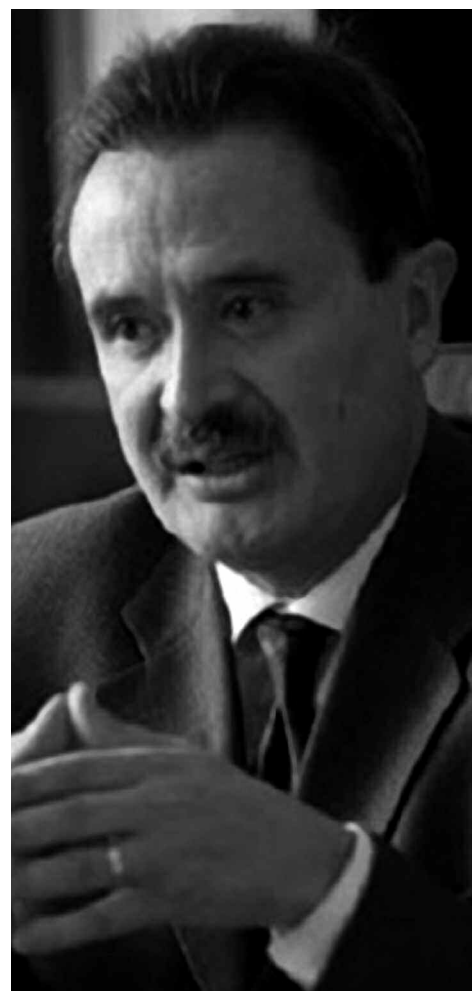
El día menos pensado, sorprendentemente, uno de los secretarios o ujieres del afamado Rocha me telefoneó de su parte para invitarme al programa. ¿De veras? Acepté de inmediato, claro, pero puse una condición: que en la entrevista se incluyera el tema de la participación de Rocha en el golpe a *Excélsior*, que me permitiera a él formularle algunas preguntitas.

El ujier no volvió a telefonarme para confirmar.

Años después me encontré varias veces con Ricardo Rocha. Al parecer ya se había reconciliado con Julio Scherer, al grado de asistir a la fiesta de un aniversario de *Proceso*. Lo miré con malos ojos y hasta lo increpé por estar ahí. “Yo no olvido”, le dije. Y le repetí lo mismo en la presentación de una novela de Ignacio Solares en la que Rocha era invitado especial.

En realidad yo había doblado ya la página de su felonía de 1976 —quizás involuntaria, más bien servil—, pero me complacía picarlo con el ilusorio afán de oírlo retractarse en público. Tal vez se retractaba a su manera trabajando con su nueva personalidad de periodista crítico. No sé.

Ese domingo en El Charco de las Ranas pude haber intentado dilucidar la cuestión, pero no me dio tiempo.



Ricardo Rocha

Cuando le ponía guacamole a mi taco de costilla sentí que alguien, a mis espaldas, me caía encima con un abrazo incómodo que no permitía levantarme. Era Ricardo Rocha. Había salido del baño sin que yo lo detectara y estaba ahí mismo, sujetándose con cordialidad.

—Maestro, maestro—lo escuché decir. Y cuando al fin pude alzarme de la silla él ya había desaparecido del comedero, como volando.

Lo volveré a encontrar cualquier día de éstos, en cualquier parte, ya sin rencor. Para qué. ■